



Real, Imperial, Ilustre y Fervorosa Hermandad del Santísimo Sacramento, Ánimas Benditas, Nuestra Señora del Subterráneo y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Salud, María Stma. de la Candelaria y Señor San Nicolás de Bari.

XLIII PREGÓN DEL COFRADE

pronunciado el día 10 de abril de 2025 por

Antonio J. Muñoz Maestre.

Presentación: Juan Carlos Gallardo Ruíz

**PRESENTACION DEL PREGONERO DEL COFRADE 2025
A CARGO DE JUAN CARLOS GALLARDO RUIZ**

CON LA VENIA DE DON MIGUEL ANGEL, PÁRROCO DE SAN NICOLÁS Y DIRECTOR ESPIRITUAL.

CON LA VENIA DEL SEÑOR HERMANO MAYOR DE LA HERMANDAD DE LA CANDELARIA, AMIGO JOSE ANTONIO.

ESTIMADA JUNTA DE GOBIERNO Y QUERIDOS HERMANOS CANDELARIOS, DE LA REAL IMPERIAL, ILUSTRE Y FERVOROSA HERMANDAD DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, ANIMAS BENDITAS Y NUESTRA SEÑORA DEL SUBTERRÁNEO Y COFRADÍAS DE NAZARENOS DE NUESTRO PADRE JESÚS DE LA SALUD, MARÍA SANTÍSIMA DE LA CANDELARIA Y SEÑOR SAN NICOLÁS DE BARI.

REPRESENTANTES DEL AYUNTAMIENTO DE LA CIUDAD.

SEÑOR DELEGADO DEL MARTES SANTO DEL CONSEJO GENERAL DE HERMANDADES Y COFRADÍAS.

HERMANOS MAYORES Y MIEMBROS DE JUNTAS DE GOBIERNO DE LAS HERMANDADES DEL MARTES SANTO.

PREGONEROS DEL COFRADE, DE EDICIONES ANTERIORES, PRESENTES.

SEÑOR PREGONERO DEL COFRADE EN SU 45 EDICIÓN, QUERIDO AMIGO ANTONIO MUÑOZ MAESTRE.

Y MIS ULTIMOS SALUDOS, Y LOS MAS AFECTUOSOS, PARA TODOS USTEDES, COFRADES DE SEVILLA, QUE LE DAIS NOMBRE A ESTE PREGON Y UN AÑO MAS ABARROTAIS ESTA PARROQUIA DE SAN NICOLAS EN ESTE ENTRAÑABLE ACTO.

A LA PAZ DE DIOS HERMANOS, BUENAS NOCHES.

ACOMPÁÑENME EN EL ATRIL DE ESTE ULTIMO TRAMO DE LA CUARESMA, Y QUE HA LATIDO AL SON DE ORACIONES, HOMILIAS, VIA CRUCIS, REZOS, ACTOS, EVENTOS...

Y LLUVIA, MUCHA LLUVIA.....

LA PRIMAVERA, HA SORPRENDIDO A UNA SEVILLA QUE ESTA MIRANDO CONTINUAMENTE A SU CIELO, CONVIRTIENDOSE EN REFLEJO, DE LAS TORRENCIALES LLUVIAS DEL PASADO AÑO, SESGANDO UNA SEMANA SANTA QUE SE PROMETIA FELIZ Y QUE CONCLUYO ROTA, CON DIAS INCOMPLETOS Y JORNADAS INEXISTENTES.

SIETE DIAS CON EL CORAZON EN UN PUÑO, Y QUE PARECE QUE ESTE AÑO DE NUEVO LA QUIEREN EMULAR CONVIRTIENDOSE DE NUEVO EN AGUAFIESTAS. SIEMPRE SERA LO QUE DIOS QUIERA.

ESTA NOCHE, ES UN DÍA GRANDE EN SAN NICOLÁS, DE LOS MUCHOS QUE EL CALENDARIO OS TIENE RESERVADO, QUE OFICIOSAMENTE, QUE EL TRABAJO ESTÁ EJECUTADO, Y QUE CONSUMADO, QUE EL COMPROMISO CON ATRÁS QUEDARON FUSIONADOS EN LA RETINA, Y ESTÁN GUARDADOS EN LAS ENTRAÑAS DE LOS CANDELARIOS, ÍNTIMOS MOMENTOS.

REMEMBRANZA MARCADA PULSO A PULSO, Y DECLAMANDO DÍA A DÍA LA PRESENCIA ETERNA DEL SEÑOR DE LA SALUD Y LA DE SU LUMINARIA MADRE CANDELARIA.

LOS MISTICISMOS VOLVIERON A REBOSAR POR LA VIEJA Y ANCESTRAL COLLACIÓN DE SAN NICOLÁS; IMPREGNÁNDOLOS DEL INCIENSO DE LOS CULTOS, QUE SE HA TAMIZADO ENTRE LA CAL DE LAS PAREDES QUE COLINDAN CON LA JUDERÍA, REBOZÁNDOSE POR LAS CALLEJUELAS DEL BARRIO, ANUNCIANDONOS, QUE EL TIEMPO, NUESTRO TIEMPO, CADA VEZ ESTABA Y ESTÁ MÁS CERCA.

LAS MANECILLAS DEL RELOJ DE LA IMPACIENCIA, YA ESTÁN A PUNTO DE ENCONTRARSE EN TODO LO ALTO, COBIJA DE UNA A OTRA COMO LO HACE LA TÚNICA CON LA CAPA.

LOS SUEÑOS ESTÁN A PUNTO DE LOGRARSE. POR SU CERCANÍA YA ESTÁN ATEMPERADOS Y VENCIDOS.

Y DE PRONTO, UN AÑO DESPUÉS, NOS SORPRENDE COMO LA CIUDAD REGRESARÁ AL MISMO PUNTO DE PARTIDA QUE LA DEJAMOS EL DOMINGO DE RESURRECCIÓN DEL AÑO PASADO.

UN AÑO MÁS, Y DESDE EL LEJANO 1976, QUE LO INAUGURASE VUESTRO HISTÓRICO HERMANO, MI AMIGO RAMÓN CASTRO, SON YA 43 LAS EDICIONES DE ESTE TRADICIONAL PREGÓN DEL COFRADE, CUAL ES UN CLÁSICO EN LA AGENDA DE ESTE JUEVES DE PASIÓN.

PREGÓN QUE HA SIDO ELABORADO Y DECLAMADO, EN LAS PLUMAS Y GARGANTAS DE SIGNIFICATIVOS COFRADES SEVILLANOS, QUE EN ÉL PUSIERON Y ENTREGARON TODO SU ALIENTO.

PREGÓN CON LA MEDIDA Y LA CADENCIA DE LA PROSA Y EL VERSO, RECORRERÁ ESTA NOCHE ESTE HISTÓRICO TEMPLO, DE LA VOZ Y LA PASIÓN DE QUIEN HAN QUERIDO EN LA HERMANDAD DE LA CANDELARIA QUE SEA, ESTE AÑO SU PREGONERO DEL COFRADE, ANTONIO MUÑOZ MAESTRE.

ANTONIO ES UN COFRADE DE CUNA, LO RECUERDO DE PEQUEÑO SIEMPRE ESCOLTADO POR SU SEÑOR PADRE, QUÉ BUEN MAESTRO TUVISTE ANTONIO.

SU PADRE, AQUÍ PRESENTE. COFRADE DE SEVILLA PERTENECIENTE A LA VIEJA ESCUELA, CON CARGOS DE RESPONSABILIDAD EN ESA ÉPOCA, EN EL CONSEJO DE CAMPOS CAMACHO Y EN SU HERMANDAD DE LA MACARENA.

NUESTRO PREGONERO NACIÓ EL LUNES DE PASCUA DEL AÑO 1970, EN EL HOSPITAL DE LAS CINCO LLAGAS, Y FUE BAUTIZADO ENFRENTA, DÍAS ANTES DE FERIA, VESTIDO DE NAZARENO, ANTE LA PRESENCIA DE LA ESPERANZA MACARENA, CUANDO POR ENTONCES SÍ ESTABA PERMITIDO.

ACTUALMENTE SUS HERMANDADES SEVILLANAS ESTÁN REPARTIDAS, DOS DE PENITENCIA, Y DOS DE GLORIA: LA MACARENA Y SAN ROQUE, Y LA VIRGEN DEL CARMEN DE

CALATRAVA Y LA VIRGEN DE LA ALEGRÍA, EN LA QUE EN LA ACTUALIDAD PERTENECE A SU JUNTA DE GOBIERNO.

ANTONIO CUANDO REZA EL PADRE NUESTRO, LA IMAGEN QUE CONTEMPLA ES LA DEL SEÑOR DEL GRAN PODER, A CUYA HERMANDAD PERTENECIÓ EN SU JUVENTUD.

ANTONIO ES UN COFRADE, QUE, EN LOS AÑOS 90, Y PRINCIPIOS DE ESTE SIGLO, TUVO UNA ENORME NOTORIEDAD EN ESTE MUNDILLO NUESTRO DE LAS COFRADÍAS.

DESDE MUY JOVEN ALTERNÓ SUS ESTUDIOS (LICENCIÁNDOSE EN DERECHO), CON SU GRAN PASIÓN, CUAL ES LA LITERATURA.

LOS CERTÁMENES LE MOTIVAN A ESCRIBIR, HA OBTENIDO PREMIOS NACIONALES E INTERNACIONALES EN POESÍA Y NARRATIVA.

TIENE EN SU HABER VARIADAS PUBLICACIONES. EN LA CIUDAD DE MÁLAGA HA SIDO PREMIADO EN DISTINTOS CERTÁMENES, CIUDAD ESTA QUE DESDE EL AÑO 2003 LA SIENTE COMO SUYA, SIENDO UN MOMENTO CRUCIAL DE SU VIDA CUANDO LA DESCUBRE.

ALLÍ PERTENECE A TRES COFRADÍAS, A LA DE GLORIA DE LA VIRGEN DEL CARMEN DE HUELIN, A LA DE ZAMARRILLA, Y A LA DE NUEVA ESPERANZA, EN CUAL HASTA EN DOS OCASIONES HA REALIZADO SU EXTENSA ESTACIÓN DE PENITENCIA EN LA TARDE DEL MARTES SANTO.

NUESTRO PREGONERO, EN LA ACTUALIDAD, RESIDE EN CIUDAD NAZARÍ DE LA ALHAMBRA, DESPUÉS DE UN LARGO PERIPLO LABORAL COMO ASESOR JURÍDICO Y FISCAL HA ACCEDIDO AL MUNDO DE LA DOCENCIA, SU VERDADERA VOCACIÓN PROFESIONAL, DESARROLLANDO SU COMETIDO COMO PROFESOR DE INSTITUTO.

ANTONIO, CREO CONCEBIR QUE YA HE PUESTO

ESCUETAMENTE EN SITUACIÓN A LOS ASISTENTES DE QUIÉN ERES.

HÁBLALE A ELLA, A MARÍA SANTÍSIMA DE LA CANDELARIA, CON LA MISMA FRANQUEZA CON QUE LES HABLAS A TUS ÍNTIMAS DEVOCIONES, A LA ESPERANZA MACARENA, A GRACIA Y ESPERANZA, A TU VIRGEN DE LA ALEGRÍA Y AL SEÑOR DE SEVILLA. EMOCIÓNATE, HABLÁNDOLES, CUAL MEJOR CANDELARIO FUESES, EMOCIÓNANOS CON TU TEXTO, COMO NOS EMOCIONASTE CON EL PREGÓN DE LAS GLORIAS EN 2005 DELANTE DE TU VIRGEN DEL ROSARIO.

DANOS ESTA NOCHE EJEMPLO DE CÓMO LE PREGONA UN COFRADE EXPERIMENTADO, A LOS COFRADES DE SEVILLA, COMO LO HICISTE EN EL PREGÓN DE LAS ESPERANZAS ALLÁ POR 2009 EN LA BASÍLICA.

HÁBLALE COMO SI TAMBIÉN FUESE TUYA, TUYA, SIÉNTETE ESTA NOCHE MÁS QUE NUNCA SU HIJO, CIÑE BIEN TU VOZ PARA TRANSMITIRNOS LO MÁS PURO DE TUS SENTIMIENTOS, Y DELÉITANOS A LOS COFRADES DE SEVILLA CON TU EXQUISITA LITERATURA.

HAZLO ASÍ, COMO TÚ MISMO, HUMILDE Y SOLEMNEMENTE A LA VEZ. PERO CON LA ILUSIÓN DEL NIÑO QUE FUISTE Y QUE COMPARTISTE CON LOS NIÑOS DE SEVILLA EN EL PREGÓN DE LA CABALGATA DE LOS REYES MAGOS.

ANTONIO, OFRÉCELE AL SEÑOR DE LA SALUD TUS MEDITACIONES, TU VERSO Y TU PROSA, COMO LO HICISTES EN LA EXALTACIÓN DEL SEÑOR DE LAS PENAS DE TU HERMANDAD DE SAN ROQUE EN EL 50ºANIVERSARIO DE SU IMAGEN, EN EL PREGÓN ÍNTIMO, EN EL DE LA HINIESTA O EN LOS GLORIOSOS DEL CARMEN DE SANTA CATALINA Y EL DE LA REAL COFRADÍA SEVILLANA DE LA VIRGEN DE LA CABEZA.

EL SEÑOR DE LA SALUD Y SU MADRE, LA LUMINARIA DONCELLA QUE AQUÍ REINA, ASÍ LO ESPERAN DE TI.

ME APARTO YA DEL ATRIL, ESTE TIEMPO Y ESTE ESTRADO YA NO ME PERTENECE, LO RECORDARÉ POR SIEMPRE, PERO YA LLEGA TU TIEMPO PARA DECLAMARNOS TUS DESVELOS.

ANTONIO, TRAS OÍR LA MARCHA CANDELARIA, INTERPRETADA POR LA BANDA DE LA CRUZ ROJA, ACERCA A ESTE ESTRADO TUS FOLIOS COLMADOS DE EXCELENCIAS.

DISFRUTA DE TU MOMENTO, TUYA ES LA PALABRA, PREGONERO. SIEMPRE DE FRENTE, ADELANTE COFRADE, ADELANTE POETA.

**PREGÓN DEL COFRADE 2025
A CARGO DE ANTONIO J. MUÑOZ MAESTRE.**

Reverendo Padre,

Sr. Hermano Mayor, Junta de Gobierno y Hermanos en Jesús de la Salud y María Santísima de la Candelaria.

Excma. Sra. Delegada Territorial de Turismo en Sevilla.

Representaciones de otras hermandades y entidades aquí presentes.

Señoras y Señores,

Hay tanto que agradecer que no sabría por dónde empezar: al Hermano Mayor, querido José Antonio, por tu llamada inicial y por las sucesivas de ánimo y apoyo; a mis hermanos de la Virgen de la Alegría que también militan en estas filas por su gozo no disimulado: gracias Macarena, María, Álvaro; a todos vosotros, en fin, por regalarme un pequeño rincón de vuestro tiempo para que compartamos aquello que lleváis una eternidad pregonando. Muchas gracias a ti, querido Juan Carlos. Espero ser capaz de atrapar en el aire alguna de las palabras que quedaron flotando por aquí desde el año pasado. Estoy seguro de que las necesitaré. Recibo el regalo como si fuese de las manos mismas de San Nicolás, el de verdad, no el que invade cada año nuestra Navidad desde los hielos del norte.

Y de esa Navidad a la Gloria, pido a esa Virgen Pequeña del Subterráneo que os bendiga y os abrace como al Jesús Niño que la mira desde la cuna de sus brazos.

PREÁMBULO DE ALEGRÍA

Ayer, hoy o mañana, tras ese mismo portón, antes o después del círculo del tiempo cuyo centro abarca la Muerte y la Resurrección, pasó el torrente rojo que desde su manto marcaba la recta final de la primavera.

El azul había quedado atrapado en los restos de la cera consumida, la miel amarga y los recuerdos que durmieron hasta el próximo azahar. Habían sonado por Muñoz y Pabón sones escapados desde la última calleja bendecida por los candelabros altos. Dentro de estas naves, la Salud se había vuelto otra vez petición de cada día, sosiego de diálogos con Él y recuerdos de los que nunca se borran. Fuera, el Hombre era de nuevo Niño, y la Madre Dolorosa, Causa de Nuestra Alegría.

El cielo se tintó de un tono irrepetible. Con el ocaso acechando la Judería, el aire se vestía de irrealidad, con las callejas ejerciendo de arroyos que desembocan en el río grande de la belleza. En medio de aquel mar de aguas azules, el trono rojo giraba imperceptiblemente hasta que allá arriba, el rostro arrobado que fue testigo de las primeras notas de un Rosario cantado, inclinó aún más su mirada para abarcar el interior de San Nicolás. Y dentro encontró los últimos ecos que quedaron al final del martes santo, de unos labios que pronto tendremos ocasión de conocer.

Entre ellos y nosotros, llegaron retazos de voces de hermanos que nadaron entre las dos aguas y supieron ser luz celeste cuando la sangre apretaba, y rojo clavel al volverse el cielo de la ciudad más azul que nunca. A todos vosotros, los que todavía compartís vuestro tiempo de vida con nuestras hermandades, vayan estas palabras de agradecimiento. Y el abrazo más profundo, el que más lejos sepa viajar, a los que ya viven en lo más alto con la Madre Candelaria que nos llena de Alegría, representados, con estandartes azul y rojo en sus manos, por nuestros queridos Fernando y Rafael.

¿Qué flor crece hasta los cielos
delante de nuestros ojos?

¿Qué manto de frutos rojos
moja ahora los pañuelos?

¿Qué ensueño de callejones
ha traído a nuestro lado
el manantial desatado
de gozos y de oraciones?

Los siglos traen junto a Ella
silencio de Sacramento,
misterio rezado al viento,
al ver la primera estrella.

Se presiente por la esquina
como manantial de oro,
como copla desde el coro
a tiro de golondrina.

Y el cielo, ya azul cobalto,
presiente la cercanía
del sol de la Judería
elevado a lo más alto.

Ya la tenemos de frente
y alcanza hasta el estandarte
el amor de parte a parte
de alguna memoria ausente,

Y se escuchan otra vez
los ecos de aquel rosario
que llega de la estrechez
en perenne aniversario,

sus voces de gratitud
que mezclaron algún día
Candelaría con Salud
cuando pasó la Alegría.

I- EL CAMINO MÁS CORTO.

Un día tomaste la decisión de caminar tras su estela. Amanecía en tu casa de luz, pero ni el brillo del sol era suficiente para que tu fuego prendiera. Y te dijeron que tras la cruz, culminando la eternidad blanca de cirios, se alcanzaba la candela que enciende toda hoguera con su fuego azul.

Ni te acuerdas cómo llegó esa papeleta a tu mano. Los detalles se perdían en sueños de años ya lejanos en los que cada ritual aparecía bañado de amor intenso. Miraste el dorso de tu salvoconducto y leiste detenidamente las reglas del juego. Un juego perfecto diseñado por artistas y esculpido con el cincel del tiempo. Por el camino más corto. Sin identidad. Desde que el lienzo blanco cubriera tu rostro, ya no tendrías nombre ni pasado. Solo un pequeño rayo que viajaría desde la eternidad hasta la blancura incendiada de una Madre.

Apenas te sentiste envuelto en el tejido de sarga blanca, dejaste de percibir tu cuerpo, si es que alguna vez lo tuviste. No caminabas, flotabas sobre el itinerario vertical que te llevaba a su lado por el camino más corto, como si dos alas blancas te estuviesen sosteniendo en el aire, a salvo de cualquier corrupción de la materia.

No estabas solo en el camino. Desde el aire, un lápiz invisible unía con su trazo los puntos blancos que caminaban desde cada punto cardinal hacia el destino común. Y al final, el dibujo resultante siempre tomaba la forma de dos palmas enlazadas que unían a un hijo con su madre. Mientras más se acercaba el destino, el aire se iba calentando y apenas tu sombra rozó los muros del templo, un olor a azucena recién abierta iba ascendiendo desde el suelo a las alturas.

La soledad floreció de repente hasta desaparecer. Otros espíritus, puros como tú, danzaban inquietos, imaginando desde el exterior la penumbra del gran templo. Dentro, mezclados con los restos de incienso amargo del ayer, recuerdos perdidos se bañan de los pasos reales de Fernando, de restos mudéjares que añoran su origen árabe, del amor derramado

por Nicolás de Bari, antes de que el paganismo repintase de rojo la remembranza cálida de tantas navidades vividas.

Con cierta inquietud miras la fachada y los ves antes de tiempo, vidriados sobre el barro como estampas indelebles que quisieron asimilarse a la vida diaria de la ciudad. Aguantas la oración que empieza a escaparse y cruzas bajo la puerta estrecha que marca la frontera del pequeño cielo que representa tu hogar en nuestra tierra.

Acudes ante Él y le miras cara a cara. En el aire, los ecos de generaciones encadenadas repiten la invocación más universal que todas las civilizaciones lanzaron a los pies de Dios. Salud de cuerpo, Salud de alma, dolor que no abandona y consuelo siempre desde sus ojos entornados. Su cuello se gira levemente para mirarte y responderte. La cruz es abrazada con la misma suavidad con que el aire transmite la oración sin sonido.

Y mueves tu alma junto a Ella. Recuerdas un mediodía en Nazaret, cuando una voz, gemela y resonante con la tuya, la saludó de parte del cielo. Sin que medie la voluntad, tus labios comienzan a abrirse y la salutación crea su propia música para que las palabras repetidas digan lo mismo de una forma nueva. María de la Candelaria eleva su mirada, y te escucha.

Por el camino más corto
desde tu casa a la mía.
Por un sendero que ahora
va dibujando la vida
desde la cuna hasta donde
todos cuentan que termina.
Desde mi puerta a tu reja
que se ha quedado vacía
para escuchar un saludo
que es eco en mi lejanía.

Dios te salve. ¿quién lo ha dicho?
¿qué trino de golondrina

ha escrito la primavera
con lágrimas en su tinta?

Por el camino más corto
desde donde no imaginas,
he caminado hasta ti
y un dédalo sin salida
me ha permitido escapar
hasta las aguas tranquilas
donde tu humildad de plata
baña de azules Sevilla.

Llena de Gracia, se escucha
a través de las cortinas
que, tímidas de pureza,
hacen rosas tus mejillas.

Bajo mi túnica blanca
una voz ya repetida
vuelve desde Nazaret,
reverbera con la brisa
y resuena en tus oídos
en corriente cristalina,
para acunar en tu vientre
el dolor del mundo encinta.

El Señor está contigo,
lanzo mi mirada arriba
y veo tu dulce humildad
bordada en plata legítima.

Pero ese pañuelo, Madre,
ese vislumbre de espinas,
desdice la paz celeste
de este dulce mediodía.

¿Acaso me he equivocado

de letra y de melodía?
Si me han dicho nazareno
las voces en las esquinas,
si me han mandado buscar
las palabras nunca escritas,
¿no estamos en Nazaret
ni es esto un Ave María?

La tarde trae con trompetas
un Calvario hasta mi vida.
A tu lado, en mansedumbre,
el Cordero sacrifica
su mirada ante la cruz
cumpliendo la profecía,
y en tus manos, el pañuelo
dice adiós a tu Alegría.

Te miro, entre cinco naves,
y ya sin voz que me asista
roza mi túnica blanca
ese amor que no termina
y recito los dos versos
que el cielo me encargó un día:

¡Dios te salve, Candelaria,
bendita eres, bendita!

II- AMANECER DE LA TARDE.

Por primera vez te haces consciente de no estar solo. Miras alrededor. Los cuerpos son blancos y los rostros ahora son visibles. Recuerdas o imaginas el cielo y piensas que no hay mucha diferencia. Entre un murmullo y un abrazo, las conversaciones dibujan ecos nuevos que se trenzan con las resucitadas por el recuerdo, y tal vez algún abuelo le habla a su nieto desde el coro alto que ahora entona a miles de voces polifónicas la verdadera melodía de la felicidad. Fuera, el sol reta a los resplandores brillantes que refulgen y se extienden desde el manto azul nevado en plata.

Pasa el tiempo. Huele a claveles y alguien reza a viva voz. La puerta grande se abre y los dos manantiales, el del sol y el de la plata, se funden en la abertura en un remolino que hace de colores los sonidos y las luces. El mar blanco de sarga y cera empieza a derramarse en río de cirios que dibuja su propio cauce por la plaza.

Hasta que un golpe seco trae la primavera de súbito. Dios está en todas partes, habita cada corazón humano, pero ahora lo estás viendo con tus ojos. Pende sobre el trono de oro y sangre, como Rey de Reyes y Cordero condenado como ofrenda de la pascua del mundo. Pasa a tu lado y notas sus ojos fijos en un punto indefinido. Te preguntas a quién mira y comprendes que te mira a ti. Sin que nadie tenga que decirlo, sabes que te toca caminar tras Él. Cada uno de tus hermanos se mueve en silencio ruidoso, buscando con afán el puesto que siente como su legítima propiedad. Los rostros empiezan a cubrirse y desaparecen las identidades y los nombres.

En el exterior, el pueblo recopila invocaciones y las resume en la palabra más repetida en las oraciones desde que el mismo Adán sintió su alma enferma. Otra vez llamas “padre” a Dios, justo a sus pies y te dispones a seguir sus huellas. La nave de oro planta su casco en el océano de su tarde y flota sin peso a golpes de brisa y tambor.

Cuando su imagen empieza a escapar rodeando el templo, sientes el empedrado bajo tus pies y paso a paso comienzas tu camino. Piensas en ti mismo, apenas un niño que se desliza entre las primeras curvas de la vida. Todo es nuevo y blanco, y absorbes por los ojos y los oídos colores y sonidos de una primavera que ahora es más que nunca símbolo de la vida que empieza. Toda corriente alegre, toda sonrisa que alguna vez puso la existencia en tus labios, se enredan en las fibras del esparto para que esa energía infinita bañe la ciudad con todas tus ilusiones.

Y olvidas tu edad, si es que alguna vez la tuviste, y pisas el suelo caliente como si el más bello cuento infantil empezase ahora a ser contado. La ciudad te corteja y a cada paso, escudriñas rostros para que los recuerdos que borbotan de las miradas encuentren uno que coincida con los tuyos. Enjambres de niños te llaman desde la primera fila. Piensan que estás allí para ellos y extienden sus manos pidiendo alegría en cualquiera de sus manifestaciones más dulces. En una de ellas ves la foto de la Mujer que en estos momentos florece de los muros del viejo templo. Te lo anuncia un rumor de música lejana tan difuso como el perfume de naranja que floreció días atrás. Una corriente eléctrica viaja por el aire, trayéndote notas de viento y percusión que traducen en el lenguaje de la tarde la misma luz que se desborda desde el trono de plata y cielo.

Apenas niño, sientes en tu rostro
miradas que escudriñan a tu lado,
dibujan caramelos,
sonrisas y milagros
en la blancura expuesta
que reluce abrazada con tu esparto.

La llama está soñando todavía
en tu cirio apagado,
igual que si la tarde
te estuviera llevando de la mano
por una senda joven

marcada por la cera de otros años.

Se mezclan en tu alma
como la savia azul que nutre al árbol
las voces de las madres,
el refugio febril de sus abrazos,
tu cirio con las velas diminutas
que aumentaban con cada cumpleaños.

Presente y plenitud,
en el aire de sol recalentado,
que llega por tus ojos
y recibe algún beso de tus labios.

Pequeño, como tú,
el Cordero te llama, paso a paso,
contando los minutos
que distancian la cuna y el calvario,
las leguas infinitas
que separan el cénit del ocaso,
la ilusión del dolor sordo que llega
a la primera sombra del cansancio.

Amor que no termina,
sonrisa que abre el cielo en un remanso,
por ti llamamos santa a esta semana,
por ti brilla en la gloria el sol dorado
que te nombra, en sus luces, orgulloso,
pregonero sin voz del martes santo.

III- EL FRUTO MADURO.

El mundo ahora está en las afueras de tu antifaz. La túnica arde con un sol maduro que hace brasas del aire de abril. Al fondo de tu mirada, tras dos líneas blancas trazadas desde tus ojos a sus talones, el Dios sufriente avanza al ritmo de tu propia vida, como si cada corazón estuviese imitando a Pedro en el Tabor, y el Hijo del Hombre hubiese decidido quedarse para siempre sobre el monte.

La propia quietud te obliga a hacer preguntas: ¿adónde te llevan tus pasos? ¿por qué estás allí caminando tras él? ¿por qué no sientes siquiera el peso de tus propios pies? Habitas ahora el tiempo detenido. Los minutos y los segundos han perdido todo su sentido. Solo existe un presente perpétuo, sellado en las continuas paradas que haces para acompañar tu ritmo con el ritmo de Dios.

Vigilas el movimiento del sol, que poco a poco baja su guardia y comienza la retirada. Celebras ese edificio, ese árbol que mitiga por un instante el castigo de los rayos ardientes. Y llega el momento en el que sientes que le has vencido, justo cuando el aire empieza a colarse fresco bajo el antifaz blanco.

El atardecer pone fuego en un pabilo de aire para que la llama brote silenciosa sobre tu cirio. El pueblo se vuelve ciudad, uniformado para el encuentro múltiple. Todo cambia, y los cambios alivian tu camino. El sol ya ha retrocedido líneas y te coloca en esa posición intermedia entre el sofoco y la soledad contigo mismo.

Todo se vuelve solemne. Dejas de ser un nazareno y te conviertes en representante de los tuyos en la ciudad. El tiempo te otorga la insignia de heraldo silencioso. Sabes que no es lo tuyo y huyes de los bordes del camino hacia el centro, en el que la cera ya encendida hace de barrera invisible contra las miradas de las calles uniformadas.

El Dios que escucha peticiones de Salud se estira ahora en la distancia media. Aunque la cruz nunca estuvo ausente entre sus manos, todo emanaba hasta el momento efluvios de entrada en Jerusalén, de hosannas al Rey que ya llevaba el final escrito en sus ojos. Pero el camino se ha vuelto de pronto de amargura, y Jesús, ahí delante, imagina mujeres entre lágrimas, las únicas conscientes del fin de los tiempos de la palabra. Un quinto evangelio, escrito con miradas, suspiros y peticiones secretas se filtra ahora sobre el papel sagrado de la vida. La palabra divina vuelve a hacerse carne y a habitar entre nosotros. Te sientes justo en medio de tantos ecos de evangelistas anónimos que pregonan buenas noticias a un mundo que cada día las necesita más y más. No te resistes y quieres ser parte de la historia contada. Y le hablas.

Toma mis pasos, Dios de mi camino,
el dolor que tan pronto se ha asomado
a este cuerpo que el tiempo ya hizo suyo,
el esfuerzo que marcan mis hermanos,
el borde de esta túnica que pronto
el suelo habrá manchado con su barro.

Las calles van narrando la amargura
de un camino que ya se va empinando
con los años que marchan cuesta arriba
y algún final ya escrito en el ocaso.

Te levantan los tuyos y reanudas
a ritmo de tambor ronco, los pasos
que dejan huellas hondas en la tierra
para que yo detrás, vaya pisando.

Arriba de tu barco de claveles,
en la calma de tarde vuelta lago,
me pides que camine sobre el agua,
que vuele sin parar hasta el remanso
que me espera ante ti, libre del miedo

de hundirme en la corriente, que en tus brazos
encontraré el agarre de esos remos
que alcanzarán mi cuerpo sano y salvo.

Salud que trae salud, Salud del alma,
que curas con las llagas de tus manos,
que limpias las heridas con tu sangre
y me haces descansar con tu cansancio.

Jesús de la palabra que da vida,
Señor de este universo acongojado,
Parábola de amor que se repite
y es el primer y único milagro.

Mira arriba, y si tus ojos vieran
la sombra de otra cruz en el calvario
déjame espacio, cerca de tu cielo,
para morir de nuevo allí, a tu lado.

IV- LADERA ARRIBA.

La gran catedral queda ahora como meta de la rosa de los vientos. Tu alma ensimismada empieza a sugerir un cambio de escenario. Mientras, manos infantiles ruegan cera líquida para fabricar la gran metáfora de la celebración y de la vida. Y tus pasos empiezan a fluir como esas gotas que van cayendo lentamente sobre el cirio.

Sientes haber dejado tu juventud atrás. Sensación de medio camino. Dos horizontes, como en un espejo, escriben desde cero la historia de tu vida: atrás, solo recuerdos y un reflejo de plata sobre el cielo azulado; enfrente, el camino de la cruz volviéndose más y más corto apenas un calvario con pináculos y arbotantes va definiéndose en tu mirada.

La calle legendaria se estira como una serpiente y se recoge hasta llegar a la celda de Cervantes, donde escuchas los ecos casi apagados de cantares manchegos y romances de caballería. Comienzas la subida final al monte. En la cima, los tiempos han cambiado su cadalso por una torre imposible, imaginada en el binomio fantástico de la cruz y la media luna. La ciudad solemne y fría rinde sus respetos, y cruzas como el agua de un arroyo los márgenes del poder que adornan, solo adornan, las orillas que van pasando a tu lado. Tocas la tela de tu antifaz y rozas el escudo azul. Recuerdas que no estás solo. Oyes voces a tu espalda de hermanos que han roto la barrera del silencio y se narran mutuamente sus vidas para escribir una saga sellada por la candela azul que se presiente al fondo.

De pronto, el calor de la tarde ha sido relevado por el cansancio. Piensas que ya no eres joven y el pensamiento intenta escapar de los rígidos cánones marcados. Miras atrás, muy atrás, y comprendes que el tiempo, que parecía tan lento, ha avanzado a galope de caballo negro sobre el campo de batalla. Miras la catedral gigante. Quieres llegar y al mismo tiempo temes a ese punto de referencia que separa lo pasado de lo que está por venir. Antes de entrar en las sombras, miras a lo alto y la ves. Ya se ha bañado de oro, con las estrellas recién nacidas pintando sus cuatro lados y dejando las heridas de las ventanas cicatrizadas de sangre pasional.

Jesús Nazareno alcanza el portón de entrada. Llega desde el interior la corriente fría empapada de ecos muertos y vivos que desvanecen la utilidad del tiempo. Una sinfonía de viento despide al Cordero con un “hasta pronto” que dura la distancia que rodea el templo magno. Entrás con Él. Las bóvedas de crucería te roban el pensamiento y dejan que el aire encerrado sea el conductor de una narración de la Pasión que se une a los ecos del pasado para escribir la historia polifónica que será la coda común de toda vida que te acompaña.

Y todavía desde dentro, alcanzas la base de la torre mientras el trono de oro es devuelto a la realidad del pueblo que anhela la vida por encima de todo. Esa pequeña resurrección hace arder tu corazón, y quisieras invadir el minarete, subir a lo alto y convertirte en muecín de Dios que compone con frases del Evangelio la llamada a la paz y a la vida.

Sube ahora despacio al alminar
a lomos de la vida que anochece,
y dile a la ciudad, para que rece,
que ya te cansa tanto caminar.

Que hasta tu cielo tienen que alcanzar
más voces, que la tuya desfallece,
y la torre dorada ya parece
naranja que cayó de tanto amar.

Que cada catedral que elevó el mundo
dibuje atardeceres esmeralda
a solas sobre un cielo moribundo

y que tus pasos nunca den la espalda
a la sombra de Cristo, ni un segundo,
cuando dice su nombre la Giralda.

V-EL REINO DE LA NOCHE.

Todo el tiempo has sentido la luz a tus espaldas: la luz que se mezclaba con la tarde plena y sacaba brillo de las nubes enredadas en el cielo; el candil encendido cuando el sol corría a esconderse y los cirios acudían en su auxilio; los puntos brillantes danzando en la oscuridad recién nacida, bañada de azul oscuro haciendo de puente con la tierra. Y en medio de la luz, has sentido una mirada. Los mismos ojos a los que rezaste antes de empezar a caminar; aquellos a los que has contemplado sin ningún pensamiento que estorbe, en medio de las alegrías y penas que han ido poniendo diamantes y rubíes al rumbo no escrito de tu vida.

Pero el aliento maternal te llega igual que el rescoldo postrero de un azahar que empiezas a sentir como fruto maduro, y solo te alcanza su voz de plata a golpes de brisa que te acerca suspiros de arrobamiento colectivo, temblando ante la llamada de su belleza maternal.

Y la lejanía te hace sentir nostalgia de su presencia. Todo te la anuncia: los sillares del viejo alcázar, la forja que aprisiona el saber acumulado de la Universidad, y la fuente al fondo, borboteando nostalgias de la fiesta grande de abril.

En medio, como semilla en el fruto, el hilo enmarañado de caminos, cruces de hierro reinando entre versos de la Torá, corazones amantes susurrando promesas en callejas de cal y agua, y un salto al mañana que ha sabido conservar toda su juventud en el cofre.

Y tú bordeas ese reino con la vida del mundo a las espaldas, sabiendo que su espejo de belleza te llevará directamente hasta el final del camino. Habitas ahora el paraíso de aromas y sonidos. La música se ha apareado con la brisa para ofrecer el concierto sublime que une el espíritu con la carne. El pueblo, ya a oscuras, alfombra con voces apagadas el estrecho sendero ante la muralla alta del alcázar. Por el antifaz blanco se filtran olores que una vez vivieron juntos en el edén primigenio. En el horizonte de tus ojos, Jesús de Nazaret habla con los árboles, las golondrinas y la luna casi entera. ¿Para qué, le preguntas?

¿Para qué movernos de aquí? Y en ese cielo improvisado, giras tu mirada hacia tu espalda y vislumbra una Inmaculada azul salida directamente desde el corazón de Murillo.

Un pincel, en sortilegio
va esbozando la muralla.
La luna afina el arpegio

de una guitarra que calla
tantas notas escondidas
hasta que en amor estalla.

En la esquina, estremecidas
hay cien llamas de colores
que tiemblan con las mecidas,

entre rosarios de flores
que adornan avemarías
marcados por los tambores.

Llegan por las galerías
susurros de siglos viejos,
de las callejas judías

perdidas entre reflejos
de un tiempo difuminado
que siempre sentimos lejos.

Presientes, justo a tu lado
el rozar sobre la tela
de un pincel enamorado

que ha iniciado su acuarela,
y en tu cirio, ya fundido
moja y deja blanca estela.

En el incienso perdido
traza la nube asombrada
con sueños que no han huido

de esa pureza en cascada
que sube al alcázar viejo
hasta alcanzar su mirada.

El cielo pone el espejo,
y el color, en la pintura,
se hace carne en el reflejo

de la celestial criatura
que se acerca paso a paso
al fin de su singladura.

Y te preguntas acaso
si esa Madre Inmaculada
ha llegado al cielo raso,

si resta una pincelada
para que ya su mejilla
la demos por terminada.

Y la luna de Sevilla
baja del cielo a sus pies
y allí, a sus plantas, se humilla.

Mira, porque ahora lo ves,
que una estrella solitaria
mira a Dios a su través,

y una última plegaria
en tu cirio esculpe el brillo,
de esa rosa Candelaría
que quiso pintar Murillo.

VI- LA LLEGADA

Han pasado apenas unos minutos del reloj de tu sendero, pero sientes en tu alma que se ha marchado la mayor parte de tu vida. Con el jalón final ya señalado, cada paso dibuja impulsos contradictorios: llegar o quedarte; descansar o dejar que el sufrimiento siga acompañando a la vida; ser tú a solas, o ser uno con todos. Y entiendes que la salvación nunca pasa por la soledad, que hasta el Dios de la Salud te creó a ti para poder bendecir a alguien.

Tus manos, ya arrugadas, sienten entre temblores que la cera se ha vuelto metal viejo, símbolo del tiempo que se termina. Tu propia identidad, ese “alguien” que te dijeron que eras, se manifiesta como las velas consumidas en los candelabros, casi sin ser, pero aún alumbrando el camino de Dios como nuestra Rosa de los Vientos iluminó Febrero con sus Candelas.

El paso avanza a ritmo casi detenido, como si la vida optase por esa ralentización para alejar el final inevitable. Y te rindes. Y al rendirte, se asoma la paz en medio del dolor. Un dolor que ahora tiene significado y no es infinito. Durará lo que el ascua dorada que envuelve su trono, tarde en hacerse muro en su hogar indestructible del día a día. Él entra, y en la última paradoja, le dices adiós, cuando es de ti mismo de quien te estás despidiendo. Apenas cruza el dintel, sientes su última mirada directamente a tus ojos. Sin más palabras, acabas de escuchar las gracias de los labios del Hijo de Dios:

Aquel círculo abierto se ha cerrado
trazando un corazón con tu camino,
y ese trono, a sus pies, de sol dorado,
son las aspas que mueven tu molino.

Ya en casa, eres de nuevo el campesino
que llega a recoger lo que ha sembrado
y tu Cristo es de nuevo el Pan y el Vino
con que comulga el pueblo allí, a tu lado.

Y allí, junto a la voz del Dios pequeño
pones un broche azul sin despedida
que sellará en el libro tu memoria:

Adiós, Señor, en medio de este sueño
que en el mundo mortal llamamos vida.
Adiós, Salud, adiós, hasta la Gloria.

VII- A SOLAS.

El arroyo ya se ha desecho en un mar de paz. Jesús se hizo gigante en el aire de las cinco naves y su Madre acaba de esculpir de estrellas la recta del dintel bajo. En el exterior, la ciudad ha quedado a la vez bendecida y huérfana. Todas las luces del mundo se han citado ante la envidia de las que brillan más allá de los cielos y han recitado un adiós tan quedo, que nadie ha sabido decir si es cierto o falso.

Ahora ya no hay cirios ni varas en tus manos. Se han entrelazado entre sí, y todo pensamiento se ha diluido en las lágrimas que aún mojan tus mejillas. Del templo, poco a poco, van saliendo cada uno de los personajes de este auto de Pasión. De los abrazos se pasa a los murmullos, y de los murmullos al silencio. Silencio solamente roto por un bisbiseo desde tus labios a sus ojos. Igual que la saludaste, mezclando las mismas palabras en un orden distinto, recitas ahora a sus pies una letanía que no termina porque tú no quieres que acabe y vas inventando invocaciones en todas las lenguas humanas que pueblan la tierra.

Mientras, los espectadores arrobados que presenciaron el triunfo de su amor azul encendido, siguen intentando entender esa palabra: “cofrade” con la que alguna vez alguien bautizó al aliento fraternal en esta tierra. El foco, que estaba en tu serena conversación con la Madre de las Candelas encendidas, empieza a alejarse para integrar cada uno de los corazones que latieron a su ritmo durante el camino sagrado de su Martes. Hasta llegar un momento en el que tu túnica es solo un punto blanco con salpicadura azul que se difumina entre sonidos, aromas, voces y movimientos.

Casi terminando, déjame, nazareno blanco que la acompañaste, que le explique a tu pueblo algo que en realidad siempre supo.

Ahora que flota el silencio
aquí, entre las cinco naves,
Cuando el olor de las flores
casi empieza a marchitarse,
cuando el fervor se ha escapado

por los puntos cardinales,
cuando la banda se ha ido
con su música a otra parte
y debajo de los pasos
ya no hay fajas ni costales,
es ahora, justo ahora,
el momento de rezarle.

Y ante Ella quedas tú,
su mirada rutilante
dirigida justo a ti,
en compendio de verdades
que no precisan palabras
ni gritos para expresarse.

Tu capirote dormido,
escudero blanco y suave,
vela a tu lado ese rezo
que hace siglos empezaste.

María, llena de Gracia,
luz del cielo, Dios te Salve,
y te quedas atascado
con Nazaret al rescate
para seguir con el verso
que termine tu mensaje.

A tu lado, duermen ya
las varas, los estandartes,
los blancos cirios marchitos,
los bordados, los encajes,
y hasta la gran cruz de plata
que fue brújula en la tarde.

El Señor está contigo,
de madera su ropaje
y de Salud la palabra

que va siempre por delante.

En la oscuridad del templo,
la madrugada se abre
paso lento hasta su trono
plata y topacio brillante
y sigues, mirada arriba,
a viva voz: Salve, salve.

Ahora, en la lejanía,
esta pobre voz errante
hará el penúltimo intento
por traducir el mensaje
y suplicar a este pueblo
que reza entre cinco naves,
que no busque pregoneros
ni más voces oficiales
para cantar las plegarias
que nadie supo cantarle,
porque no existe otro ejemplo
más sublime de cofrade
que ese nazareno blanco
justo a los pies de su Madre.

EPÍLOGO.

El nazareno blanco se ha marchado y la segunda persona pasa a ser tercera. Madre e Hijo han quedado entre oraciones, escuchando los últimos rescoldos avivados por suspiros cercanos que todavía hacen preguntas.

Bajo la túnica blanca, su alma sigue caminando por cualquier sendero dibujado por sus mismos pasos. Ahora, que ya no le tenemos a los pies de la cascada de plata que sigue sonando bajo la Madre, corresponde hablar de él. De él o de ella, ¿quién supo nunca el sexo de los ángeles?.

De ese peregrinar en círculo ya completo, el retornar del tiempo ha escrito su capítulo enésimo. Porque la historia se inició dos mil y muchos años antes, cuando la doncella envuelta en plata y azul meditaba bajo el ventanal y él, o ella, se asomó para decirle de parte de los cielos el mensaje que selló la relación de la Mujer con sus hijos de todos los tiempos.

Y aquel ser de luz, vestido ya de blanco, transmitió de generación en generación ese primer avemaría. Y sus palabras se repitieron minuto a minuto, latido a latido, a medida que los siglos tejían el manto azul que fue candelaria de todas las oscuridades. Y ahora que se ha marchado, ahora que sus alas se han abierto después de acompañarnos en un martes que se repetirá eternamente, miraremos al camino vertical que comenzó en estas cinco naves y terminará, si es que termina, a los pies de un Jesús de Nazaret sin llagas ni cruz que lo hieran.

Tan sola y estremecida
nos dejó San Nicolás,
que al iniciar la subida
sentimos que nuestra vida
estaba quedando atrás.

Atrás quedó aquel camino
en que renunció a su vuelo.
Lejos el magno destino
que lo ordenó peregrino
sin pies, sobre nuestro suelo.

Y esas alas escondidas
que no quisieron volar
se han abierto decididas,
como las suaves mecidas
del palio azul, al entrar.

En alguna faltriquera
de su túnica de nieve
una gran bola de cera
pone a la sarga relieve
bajo la gloria que espera,

que al terminar la deriva,
en el lugar de los sueños
su aroma de miel cautiva,
puedan jugar allá arriba
los ángeles más pequeños.

Por sendero vertical
cruzó el aire transparente
y algún suspiro de sal
justo en el tramo final
inundó de azul su frente.

Desde arriba contempló
alejarse la Giralda
y Sevilla se quedó
como mar que se secó
verde en su sueño esmeralda.

Y dicen que al arribar,

una estrella solitaria
volvió con fuerza a brillar
y el ángel volvió a rezar:
“Dios te Salve, Candelaria”.

Y el cielo de gracia lleno
al mirar se quedó absorto
ante el blanco nazareno
que había llegado a su seno
por el camino más corto.

Así sea